



Caroline Hurford/
Federación
internacional,
Afganistán 1998



Capítulo

5

Dos terremotos aniquiladores en Hindu Kush

En 1998, en un intervalo de cuatro meses, dos violentos terremotos sacudieron el noroeste de Afganistán. A pesar del amplio interés de los medios de comunicación y de las rápidas donaciones en efectivo, ambas catástrofes pusieron de relieve las flaquezas de la preparación en previsión de desastres y de la capacidad de intervención de las organizaciones humanitarias. La reacción respecto al terremoto de febrero fue improvisada. En mayo, las organizaciones intervinieron más rápido, pero fue un hecho fortuito que obedeció más bien a la experiencia adquirida durante la catástrofe anterior que a un intento de institucionalizar lo aprendido.

4 de febrero de 1998: Terremoto de intensidad 6,1 en la escala de Richter; unos 2.500 muertos; 32.000 damnificados; 8.100 casas dañadas en 24 pueblos.

La mayoría de los hombres estaba rezando cuando sobrevino el primer movimiento telúrico a las 19 horas. Miles de personas quedaron aplastadas bajo los escombros o perecieron en los deslizamientos de tierra. Al alba, los supervivientes evaluaron la destrucción y descendieron inmediatamente a Rustaq para dar la alerta.

Pocas horas después, se recibía en Ginebra la noticia de lo ocurrido por conducto de *US Geological Survey*. La primera institución presente en el lugar de los hechos fue la Sociedad de la Media Luna Afgana. Los soldados y los aldeanos de los alrededores mandaron ayuda puesto que las temperaturas polares, las réplicas y los subsiguientes desprendimientos de tierra se cobraron muchas vidas. Sin embargo, correspondió a las embajadas de Afganistán en Dushambe y Nueva York, que el 6 de febrero dieron la noticia a los periodistas (indicando que había habido 4.000 muertos, enumerando las aldeas más golpeadas, y solicitando ayuda inmediata), animar a la mayoría de los organismos de ayuda internacional para que intervinieran.

El acceso a Rustaq resultaba sumamente complicado debido a su ubicación en medio de Hindu Kush, a 6.000 metros de altura, a las trincheras de los talibanes, a las nevadas copiosas, a la profundidad del barro y a una fina niebla. Para llegar a Faizabad, la ciudad más cercana, hacían falta hasta cinco días en coche y utilizar la pista de aterrizaje local resultaba demasiado peligroso.

Las organizaciones estuvieron tan obsesionadas con los problemas de logística que no lograron hacer una evaluación global de las necesidades. Los datos de la embajada afgana, que en un principio no se consideraron fidedignos, resultaron ser exactos. La prioridad absoluta era la atención médica y en el plazo de una semana, el Comité Internacional de la Cruz Roja y Médicos sin Fronteras (MSF) habían movilizado lo suficiente para hacer frente a la situación. El primer envío de ayuda de las Naciones Unidas tardó nueve días en llegar. En total, los organismos distribuyeron 708 toneladas de víveres y otros artículos a 32.000 afganos, procediendo a lanzamientos aéreos y utilizando helicópteros y camiones.

La coordinación en el terreno estuvo a cargo del Dr. Abdulaah (uno de los ministros del expulsado presidente Rabbani), quien presidió la comisión de ayuda de Rustaq desde el 9 de febrero. La coordinación entre las sedes centrales resultó más difícil porque la del CICR se encontraba en Kabul, la de la ONU en Islamabad y las de la mayoría de las organizaciones no gubernamentales en Peshawar. Las tareas se dividieron rápidamente: MSF se ocuparía de la atención médica, la Cruz Roja y la

Media Luna Roja de los artículos no alimentarios, el Programa Mundial de Alimentos (PMA) de la logística y los víveres, y la Oficina de Coordinación de la Asistencia Humanitaria en Afganistán, de las Naciones Unidas, coordinaría la labor de los organismos de la ONU, entre ellos un equipo de evaluación y coordinación en casos de desastre. Desgraciadamente, la cadena de mando y las comunicaciones incompatibles comprometieron las evaluaciones y distribuciones en común

Dushambe, la capital de Tayikistán, no se explotó lo suficiente como base de operaciones, a pesar de que se encuentra a sólo 100 millas aéreas de Rustaq, al otro lado del valle (Islamabad está cuatro veces más lejos de Hindu Kush). Esta experiencia nos enseñó que es preciso contar con alguien que se ocupe de la coordinación entre los organismos para aclarar las decisiones y la gestión de la información, proceder a evaluaciones comunes que respondan a criterios preestablecidos, impartir instrucción a la unidad regional de intervención de emergencia, integrada por diversos organismos, delegando un máximo de tareas en los recursos existentes, y establecer acuerdos previos con los empresas de aviación regionales.

30 de mayo de 1998: Terremoto de intensidad 6,9 en la escala de Richter; unos 4.700 muertos; 160.000 damnificados; 18.000 casas dañadas en 27 pueblos.

En el terremoto de mayo perecieron principalmente mujeres, niños y ancianos. Las réplicas aterrorizaron a los supervivientes, muchos se negaban a dormir bajo techo, exponiéndose a las tormentas primaverales y a la pulmonía. Gigantescos deslizamientos de tierra barrieron pueblos enteros. Con el recuerdo vivo del terremoto de febrero, los organismos intervinieron rápidamente pero volvieron a cometer algunos errores. El clima menos riguroso facilitó el acceso, pero como la zona afectada era tan grande, se plantearon esencialmente problemas de logística.

Los habitantes enterraron a sus muertos y comunicaron las defunciones al personal de una ONG de los alrededores que sintió el terremoto y dio la alerta. En menos de 24 horas, llegó el equipo de la Cruz Roja y de la Media Luna Roja que dividió inmediatamente el área afectada en las zonas occidental y oriental; la primera sería aprovisionada por tierra y la segunda por aire

Una vez más, se dio prioridad a la evacuación médica con respecto a la evaluación sistemática de necesidades. Los pueblos de la zona occidental se clasificaron en cuatro categorías según los daños materiales, pero en la zona oriental se evaluó a cada familia. Las precarias comunicaciones entre una y otra zona impidieron que se adoptara un sistema común. Los supervivientes traumatizados fueron examinados demasiado tarde o con demasiada frecuencia, lo que provocó una «fatiga de evaluación». La falta de helicópteros en un principio, comprometió seriamente la intervención de la ONU, y la ayuda fuera descargada cerca de los pueblos apresuradamente y sin dar explicaciones. Las ONG recurrieron a convoyes de camiones y caravanas de asnos, entendiendo que los helicópteros eran como los unicornios, vigorosos pero míticos. Un avión de cargo del PMA fue tiroteado por los afganos descontentos con el procedimiento de distribución. Aun así, hacia fines de junio, los 14 aviones fletados habían distribuido el triple de ayuda que después del primer terremoto.

El coordinador de las Naciones Unidas calificó de «maravillosa» la cooperación con la Cruz Roja y la Media Luna Roja, en parte, gracias a que el CICR se trasladó de Kabul a Islamabad. Pero los jefes locales estaban más interesados en combatirse mutuamente que en prestar ayuda

Una vez terminada la «emergencia», la mayoría de los organismos partieron, dejando a los supervivientes librados a su suerte para reconstruir las casas y rescatar los cultivos antes de que despuntara el invierno. La posibilidad de emigrar ni siquiera se barajaba porque se trata de una zona de inestabilidad geológica, circundada de fronteras y trincheras. En agosto de 1998, la ofensiva de los talibanes en el norte y los bombardeos de los EE.UU. que tuvieron por blanco Osama bin Laden en la zona



oriental, obligaron a evacuar a la mayor parte del personal internacional. Hacia principios de diciembre, un puñado de ONG, y el programa de comida por trabajo del PMA, ayudaron a las familias a construir 14.000 refugios de una sola habitación. Ahora bien, si se hubieran hecho llamamientos comunes de socorros y rehabilitación mientras los medios de comunicación tenían los ojos puestos en este desastre, se podría haber logrado mucho más.

«Nuestro error garrafal en el segundo terremoto fue confiar excesivamente en las soluciones de alta tecnológica en una zona donde la tecnología brilla por su ausencia», declaró un funcionario de la ONU. La caza de helicópteros insumió tiempo, esfuerzo y dinero en demasía cuando se hubiera podido emplear a los afganos para evaluar las necesidades y distribuir la ayuda en caravanas de asnos y convoyes de camiones. Además, tal como sucediera en febrero, las precarias comunicaciones en el terreno dificultaron la intervención y la coordinación de los organismos.

¿Cómo afrontar mejor los futuros desastres naturales en Afganistán? Hace falta una estrategia triple que vaya más allá de las intervenciones tipo *staccato*, suscitadas por los medios de comunicación, como ocurrió el año pasado. Dicha estrategia ha de englobar:

- programas de desarrollo a largo plazo que refuercen la resistencia local a los infortunios naturales, estos programas podrían abarcar: el fomento de medios de subsistencia locales: la construcción de mejores carreteras para acceder a los mercados (y a las víctimas de futuros desastres) y la promoción de edificios más seguros;
- organismos de ayuda que actúen como servicio de emergencia internacional, que apliquen lo aprendido en 1998, y
- preparación en previsión de desastres a escala local para intervenir durante el plazo de 72 horas o más que tarda en llegar la ayuda internacional. Impartir formación en las aldeas tanto en esta materia como en primeros auxilios contribuirá a que más afganos sobrevivan en esas primeras horas cruciales después que se haya desencadenado la naturaleza.

Impresiones de un encargado de información

Un terremoto en el montañoso nordeste de Afganistán es un buen tema: los proverbiales damnificados pobres en un entorno hostil, una guerra civil de larga data y una banda de fanáticos musulmanes conocida por el trato cruel que reserva a las mujeres.

En el plazo de tres días después del sismo de mayo, 80 taxis se encontraban en el aeropuerto provisional de Faizabad. Los habitantes, atónitos, observaban con desconfianza esa invasión de antenas parabólicas, ordenadores portátiles y sofisticados equipos de edición. Pero para quien tenía una habitación o un coche para alquilar, eran momentos de prosperidad.

También había una competencia feroz para procurarse un lugar en uno de los pocos helicópteros disponibles. Los organismos de ayuda se desesperaban por hacer llegar las brigadas médicas a las aldeas golpeadas, y los periodistas por entrar en acción y conseguir el tema de sus artículos. No obstante esas patéticas escenas que se ven algunas veces durante las emergencias —socorristas y periodistas acosados, librándose

batalla— no se materializaron en Faizabad. Los organismos racionaron estrictamente los asientos de los helicópteros a unos pocos periodistas por día. Los equipos de televisión mancomunaron las imágenes del terremoto, intercálándolas con sus propias entrevistas y las fotos sacadas en la pista.

Estos esfuerzos dieron resultado, ya que 24 horas después de que los periodistas iniciaran su labor, los gobiernos donantes comenzaron a llamar, ofreciendo ayuda. Pero era más fácil donar efectivo que un helicóptero. Hacia finales de la primera semana, los periodistas reservaban sus titulares a esta «agitada» operación de socorro.

Los organismos de ayuda se debatían para trasladar a los heridos y distribuir los artículos de socorro, disponiendo tan solo de cuatro helicópteros. Llevó 15 días movilizar un número suficiente de helicópteros, secundados por convoyes terrestres y aviones de carga. Pero para entonces, los periodistas, que tanto habían hecho para dar a conocer los problemas, ya se habían ido en busca de otras historias.



Martin Mejia/AP,
Perú 1998

Sección uno, Desastres naturales



Capítulo

6

El Niño y La Niña una pareja mortífera

Generaciones atrás, los pescadores peruanos bautizaron las tormentas de Navidad, «El Niño», aludiendo al niño Jesús. Este fenómeno se da con una frecuencia de dos a 10 años, y sus episodios más violentos se han registrado a partir del decenio de 1980. El Niño es una fluctuación de la temperatura de la superficie del mar y de la presión atmosférica a través del Océano Pacífico que afecta el clima del mundo entero. Las causas aún no se han descubierto, pero el calentamiento del planeta lo agrava.

Normalmente, los vientos que soplan del oeste impulsan las corrientes oceánicas superficiales más cálidas hacia el sudeste asiático, lo que provoca densas precipitaciones. En el Pacífico occidental, el agua es fría y la presión del aire alta, lo que genera las condiciones climáticas áridas de las costas sudamericanas. Estas aguas frías son ricas en nutrientes y cuentan con grandes bancos pesqueros. Con la corriente de El Niño, los vientos alisios del este desaparecen o invierten su dirección, y la temperatura de las aguas superficiales del Pacífico oriental aumenta hasta cinco grados Celsius. La presión atmosférica disminuye, impulsando la corriente en chorro hacia el sur y mitigando el efecto de los huracanes del Océano Atlántico, al tiempo que provoca sequías en el sudeste asiático. Luego, el tiempo puede volver a cambiar totalmente, creando las condiciones para que se dé el fenómeno de La Niña. Corrientes mucho más frías que lo normal en la costa de Sudamérica y fuertes vientos del oeste invierten el ciclo de inundaciones y sequías. La Niña también puede propiciar huracanes.

La densidad de población a lo largo de la costa, y la infraestructura precaria de algunas ramas de actividad que dependen de las condiciones del tiempo, agravan las consecuencias. En Perú, las crecidas de los ríos y los torrentes de barro durante el grave episodio de El Niño de 1997-1998, destruyeron 300 puentes y dejaron sin techo a 500.000 personas. Las aguas estancadas y el calor propiciaron brotes de enfermedades contagiosas, y los casos de paludismo se triplicaron. Las aguas se llevaron las instalaciones de salud y sanidad. La infraestructura sufrió daños por un valor de 2.600 millones de dólares, el equivalente al 5 por ciento de producto interno bruto, y menos del 6 por ciento estaba asegurada.

Dado que la mayor parte de los puertos se cerraron y que los peces huyeron de las aguas cálidas y turbulentas de la costa, la producción acusó una disminución del 96 por ciento. Entre 1993 y 1997, la economía peruana había registrado un crecimiento anual de 6,9, término promedio, pero en 1998 apenas llegó al 0,7. La confianza en el gobierno pasó del 72 por ciento, a fines de 1996, al 18 por ciento. El Sr. Pandolfi, ex Primer Ministro, reconoce que El Niño demostró cuán poco preparados estaban y lo difícil que resultará prepararse como es debido.



Las economías en desarrollo a menudo se fundan en ramas de actividad que dependen de las condiciones del tiempo, tales como la agricultura y la pesca. La diversificación podría mitigar los disturbios económicos que traen aparejados los desastres naturales y acuerdos regionales permitirían equilibrar las pérdidas y ganancias que acarrea El Niño. En 1997-1998, sardinas y boquerones abandonaron las aguas de Ecuador y Perú, dirigiéndose hacia el sur en busca de corrientes más frías, lo que benefició enormemente a la pesca chilena. Paralelamente, enormes cantidades de camarones y langostinos invadieron las costas más cálidas de Ecuador, pero la infraestructura estaba demasiado dañada como para poder sacar provecho y tampoco se utilizaron las instalaciones disponibles en países vecinos.

Las inundaciones y el cólera aquejaron a toda la región. Granizadas en La Paz, incendios en la selva brasileña, un tornado devastó Asunción y, según estimaciones, la rehabilitación de Ecuador llevará un decenio. Incluso el huracán Mitch, que segó la vida de 10.000 hondureños y nicaragüenses, se vinculó a La Niña.

El sudeste asiático y la zona del Pacífico occidental se sofocaron porque El Niño interrumpió la estación de lluvias. Las economías de las islas pequeñas, que dependen de la pesca y el cultivo, se resentieron considerablemente. En las Islas Salomón, donde el 84 por ciento de la población apenas subsiste, se malograron los cultivos básicos. En Fiyi hubo una larga sequía, al igual que en Papúa Nueva Guinea, donde ardieron las plantaciones y los cultivos comerciales de las laderas montañosas. Unos 650.000 seres humanos quedaron expuestos a la inanición y la enfermedad: muchos emigraron a los valles, donde no tardaron en contraer el paludismo. En toda la región, hasta la próxima cosecha, quienes no tienen posibilidad alguna de procurarse medios de subsistencia dependen de la caridad, lisa y llanamente. Ahora bien, el dinero y la pericia de los países desarrollados podrían contribuir a diversificar las frágiles economías de los Estados insulares del Pacífico.

África oriental y meridional sufrieron atroces sequías durante El Niño de 1991-1992, que amenazaron de desnutrición a 30 millones de personas, y obligaron a importar grano. El rigor de la sequía prevista durante El Niño de 1997-1998, suscitó contingencias que nunca se materializaron. En cambio, las lluvias torrenciales en el Cuerno obligaron a desplazarse a 1.500.000 personas y afectaron a otros 9 millones. Terrenos de cultivo, caminos, vías férreas, sistemas de irrigación y valiosos medios de subsistencia fueron barridos.

Las crecidas, los incendios, las sequías y las enfermedades que trajo aparejado el episodio de El Niño de 1997-1998, se cobraron más de 21 000 vidas en todo el mundo, causando pérdidas por un valor superior a los 89.000 millones de dólares. Tal vez a los países de las costas del Pacífico les lleve unos seis años recuperarse, lo que resulta demasiado lento si en ese plazo El Niño vuelve a golpear. El año pasado, fuimos testigos de una amalgama de desastres en que las catástrofes naturales aquejaron sociedades ya debilitadas desde el punto de vista económico y político. La agitación financiera en Indonesia, junto con la sequía, la carestía, el hambre y los incendios de bosques provocados por El Niño, generaron tal descontento popular que el régimen de Suharto se desplomó, tras 30 años en el poder, agravando el deterioro de la economía mundial.

¿Cómo pueden mitigarse los efectos de los futuros episodios de El Niño y La Niña? Socorro, rehabilitación y desarrollo habrían de integrarse en una sola estrategia global que hiciera hincapié en la prevención de catástrofes. El volumen de seguros de los países en desarrollo podría incrementarse ya que, al revés de lo que sucedió en Perú, en América del Norte estaban aseguradas casi la mitad de las pérdidas de 2.500 millones de dólares que causó el temporal de granizo, de enero de 1998.

Los sistemas de alerta temprana van mejorando. Por primera vez, los científicos previeron seis meses antes el último episodio de El Niño. Los ordenadores más

modernos permiten prever fenómenos climáticos con un año de antelación, pero la falta de datos fundamentales, sobre todo en lo que se refiere a los océanos Índico y Atlántico, compromete la exactitud de los pronósticos. Otras medidas de preparación en previsión de desastres, y de recuperación abarcan: movilizar la voluntad política de actuar respecto a las previsiones científicas; consolidar el sistema nacional de gestión de desastres; disponer de estrategias de preparación e intervención a todo nivel; trazar mapas de los peligros naturales y las poblaciones vulnerables; consolidar la infraestructura y las vías de evacuación. fortalecer las instalaciones sanitarias y sensibilizar al respecto; contrarrestar el deterioro del medio ambiente; planificar una segura utilización de la tierra; contar con cultivos resistentes a las inundaciones, las sequías y los ciclones; emplear el método de alimentos y dinero por trabajo para mejorar la infraestructura y los ingresos locales; alentar la inversión extranjera en la reconstrucción, y vincular el alivio de la deuda a la preparación en previsión de desastres y al desarrollo sostenible.

Pescadores independientes de Perú ya no se harán a la mar

«Mi padre pescó hasta sus 80 años, y decía que en la venas de nuestra familia corría agua salada», recuerda Germán Herrera, de 71 años, que comenzó a pescar cuando tenía ocho. El Niño destrozó su embarcación, y se ha resignado a vivir de limosnas. Ático, el puerto del sur del Perú donde se crió, es cuna de una tradición pesquera milenaria. Antes de El Niño de 1997-1998, en la bahía había tantas embarcaciones que parecía una ciudad balanceándose al ritmo de las olas.

El Niño enfangó toda la bahía, las densas precipitaciones destruyeron los edificios y el cambio

de temperatura del agua hizo huir a los peces. La economía del puerto se desmoronó, en su desesperada búsqueda de trabajo, los jóvenes partieron hacia el norte, y recalaron en los barrios marginales de Lima que no cesan de crecer. Quienes se quedaron, luchan por sobrevivir.

Tras el desastre de El Niño, se destinaron fondos a reconstruir las flotillas de pesca, pero los pescadores independientes como Herrera, recibieron poquísima ayuda. «Mis nietos serán la primera generación de la familia que no vive del mar», prevé don Germán y añade: «Es el fin de una época».